(Traducción en español para Hispanoamérica)

Conexión CH, Rocca di Papa, 14 de junio de 1990 - Lo quieres Tú, también lo quiero yo[1]

"Todo tiene significado y valor"

(…)

El año próximo estará dedicado todavía al Espíritu Santo.

Pero ¿qué hacer para estar seguros de que sigue creciendo aún nuestra relación con Él?

Lo sabemos: es necesario amarlo. Pero amar a Dios significa obedecerle ("No todo el que me diga: Señor, Señor…" (*Mt* 7,21*)),* obedecerle no sólo genéricamente, sino en lo que Él quiere de nosotros, en lo específico, típico que nos pide. Lo sabemos: Él quiere que caminemos por un camino colectivo.

El camino colectivo que estamos llamados a recorrer, tiene particularidades que nos distinguen de los caminos más específicamente individuales. Si bien en el cristianismo todo desemboca un poco en lo comunitario, en lo colectivo. De todas formas, las diferencias entre ambos permanecen.

Para nosotros, por ejemplo, todo tiene significado y valor en el apostolado, en el estudio, en el trabajo como también en la oración y en la tensión a la santidad, si antes tenemos a Jesús en medio con los hermanos, que es la norma de las normas[2]. Si continuamente cultivamos esta presencia con la más completa comunión espiritual, además de material entre nosotros, si nos alimentamos de la Eucaristía, etc., si caminamos juntos en el Santo Viaje. Pero esto da origen a diferencias con los caminos espirituales más individuales. En estos últimos, por ejemplo, el cristiano para amar a Dios necesitar avanzar con una cierta gradualidad, sube varios escalones, encaminarse hacia la montaña de la perfección.

En cambio, el camino colectivo, pone al cristiano de inmediato en la cima, en lo alto. Es la presencia de Jesús en Medio – pienso que lo exige y lo impone. Él es el perfecto.

Si se debe crecer- y se debe- es en intensidad, es decir en hacer actos de amor cada vez más perfectos, cada vez más frecuentes, recomenzando siempre. Se trata, por lo tanto, de cantidad más que de calidad.

Con respecto, por ejemplo, a la voluntad de Dios, cuando el Espíritu nos da una nueva comprensión para que la vivamos, nos sugiere enseguida el modo perfecto de realizarla: querer la voluntad de Dios, hacer propia la voluntad de Dios.

---

[1] C.LUBICH, *Santificarse juntos*, Madrid 1994, p. 46-50.

2 Según los Estatutos Generales del Movimiento

Por lo tanto, no nos ha hecho pasar a través de varios grados: primero resignarse a la voluntad de Dios, luego aceptar la voluntad de Dios, también rendirse a la voluntad de Dios y finalmente querer la voluntad de Dios. Nos ha puesto de inmediato en el último peldaño.

Naturalmente, nosotros sabemos si hemos correspondido y cuántas veces hemos recomenzado. De todos modos, ésa ha sido la sugerencia que el Espíritu Santo nos ha dado.

Nosotros no debemos tanto subir la montaña de la perfección, sino sobre todo, estando ya en lo alto, caminar a lo largo de la cresta de la montaña hasta el sol que es Dios, el Cielo. Ésta es nuestra línea.

(…)

Entonces, para estar en línea con nuestra espiritualidad, acostumbrémonos a repetir sinceramente: "Lo quieres Tú, también lo quiero yo. Mi voluntad es la tuya".

Nos sentiremos particularmente tonificados. (…)

Es un modo de amar al Espíritu Santo porque, precisamente, le obedecemos caminando según el camino que Él ha diseñado para nosotros. Y crecerá nuestra maravillosa relación con Él. Sin olvidar – lo repito todavía- que ante todo debemos construir y reconstruir nuestra relación entre nosotros para que Jesús esté entre nosotros.

Estoy con todos en todo el mundo: tratemos de ser una red, una cadena de muchos cristianos que abraza este mundo, porque quieren tener escrito en la frente, como dice san Francisco de Sales: "Yo soy la voluntad de Dios sobre mí".[3]

[3] S. FRANCISCO DE SALES, *Teotimo, ossia Trattato dell'amor di Dio*, VIII, 7; II, Roma 1958 p. 81.